

colección **notraslatitudes**

Suisen,
el gato de Gorô
Aki Shimazaki

Traducción de
Íñigo Jáuregui

Nørdicalibros
2023

Título original: *Suisen; L'Ombre du chardon, 3*

© ACTES SUD, 2020

© De la traducción: Íñigo Jáuregui

© De esta edición: Nórdica Libros, S. L.

Doctor Blanco Soler, 26 - CP: 28044 Madrid
Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com
www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: octubre de 2023

ISBN: 978-84-19735-53-9

Depósito Legal: M-29543-2023

IBIC: FA

Thema: FBA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos

(Salamanca)



Diseño de colección: Filo Estudio e Ignacio Caballero

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Me miro en el espejo insertado en la puerta del armario.

Examino mi corbata a rayas amarillas de seda fina. Me queda muy bien, aunque es un color poco frecuente para mí. Es un regalo que me hizo Yuri K. el año pasado por mi cincuenta cumpleaños. Esta actriz es mi amante favorita.

Mi reloj marca las seis y veinticinco. Dentro de un rato debo ir a buscar a mi hija a la residencia universitaria. Esta noche me acompaña a una recepción de la productora H., cuya estrella será Yuri. Hace poco ha ganado un premio prestigioso por su papel de madrastra en la película titulada *No te vayas nunca, mamá*. Yuri todavía no conoce a mi hija, de modo que se quedará sorprendida por su presencia.

Estoy impaciente por encontrarme de nuevo con mi amante, a la que no he podido ver en los últimos dos meses. Ella estaba en Okinawa para el rodaje de su próxima película. Esta larga ausencia me ha frustrado mucho y me ha hecho darme cuenta de hasta qué punto podía echar de menos su cuerpo

sensual. Tras la recepción de esta noche, le propondré pasar la noche en nuestro *love-hotel* habitual y ella estará encantada.

Yuri es una mujer en la cúspide de su belleza. Estoy orgulloso de tenerla como amante, pero también celoso de los actores que trabajan con ella, en particular los jóvenes. Tras años de carrera, por fin ha conseguido este premio. Convencido de que algún día se convertiría en una estrella, la ayudé económicamente, sobre todo al comienzo de nuestra relación. Fui yo quien la presentó al presidente de la productora H., uno de mis clientes más importantes. Yuri me lo debe todo. Espero que siga soltera el mayor tiempo posible, pero aun si se casa, continuaremos nuestra relación amorosa.

Releo por un momento la tarjeta de invitación dirigida a «Señor y señora Kida» y mis labios se crispan.

Yuri nunca ha visto a mi mujer y no tiene ninguna gana de conocerla. Al recibir la tarjeta, la llamé al móvil cuando aún estaba en Okinawa.

—¿Por qué también a mi mujer? —le pregunté—. Sabes bien que no le gustan las fiestas.

Yuri me respondió:

—Os la mandó el productor. No es más que una fórmula de cortesía. Puedes venir con quien quieras, o bien solo.

—No te alegrarías si me presentara allí con mi mujer —le repliqué en tono burlón.

La recepción empieza a las siete, así que tengo que salir ya. Mientras me pongo la chaqueta, oigo que suena el móvil. Es mi hija Yôko. Le pregunto sin más preámbulos:

—¿Estás lista?

—Sí, papá —responde rápidamente—. Estoy deseando conocer a Yuri K. Ha hecho un trabajo excelente en su papel de madrastra. Me encanta el niño pequeño, también es estupendo.

—¿Te gusta esa película?

—¡Pues claro! ¿Y a ti, papá?

—No la he visto.

—¿No? ¿Y cómo así?

—Para empezar, el título no me gusta. *¡No te vayas nunca, mamá!* Es demasiado sentimental.

Mi hija se ríe. Su buen humor me alegra y exclamo:

—¡Estoy contento de que al final salgas conmigo!

Su madre está al corriente de la recepción de esta noche. Fue ella quien le pidió que me acompañara en su lugar.

—No puedo perderme una ocasión así —prosigue Yôko—. Yuri K. es ahora una actriz muy famosa. ¿Cómo la conociste?

Sonrío sin querer.

—Es amiga de uno de mis clientes. Gracias a mí pudo conocer al presidente de la productora H. Ambos me deben su éxito, así que esta noche nos tratarán bien.

—¡Date prisa, papá! —me corta—. Te espero a la entrada de la residencia.

Me apresuro a añadir:

—Lleva la cámara...

Yôko cuelga antes de que pueda terminar la frase. Eso me molesta, pues me gustaría que en la recepción hiciera fotos bonitas de Yuri y de mí. Tiene una cámara de buena calidad, que le compré hace poco.

La casa se halla en completo silencio. La tranquilidad siempre me hace sentir incómodo. Es sábado.

Mi mujer está pasando este fin de semana en el campo. Mi hijo Jun, el hermano pequeño de Yôko, ha salido a ver una película con sus primos, el hijo y la hija de mi media hermana Aï. Luego dormirá en casa de estos y mañana volverá por la tarde, como de costumbre. No me gusta que Jun vaya a casa de Aï. Sin embargo le dejo hacer, pues me gusta aún menos que ande de noche por la ciudad con sus compañeros, a los que no conozco.

Me miro otra vez en el espejo.

La chaqueta azul oscuro, la camisa blanca y la corbata a rayas amarillas me sientan de maravilla, sobre todo la corbata. Yuri estará encantada. Al tocarme la mejilla bien afeitada, preveo una foto cautivadora de nosotros dos, como una pareja perfecta.

De pronto, detecto algunas canas en mi sien derecha. Las examino de cerca: «No puede ser...». Me acuerdo de mi padre, muerto a los sesenta y un años.

Su cabello se mantuvo negro hasta el final. A mi edad, no me haría gracia tener la cabeza blanca. Mientras me acaricio el pelo, murmuro: «Más vale ser calvo».

Apago la luz y salgo de mi habitación. El silencio me ahoga.

Bajo la escalera. De pronto, me viene a la mente la imagen de Sayoko. Me quedo parado en el rellano intermedio. Era una chica con la que había salido hasta la víspera de mi boda. Iba a un instituto nocturno al tiempo que trabajaba durante el día en una verdulería. Me había olvidado completamente de su existencia.

Sayoko también me regaló una corbata. Recuerdo que tenía flores de *suisen* estampadas en la tela azul oscuro, del mismo color que la chaqueta que llevo hoy. Incómodo con ese patrón femenino e infantil, así como por el tejido barato, nunca me la puse. Debí de arrumbarla en alguna parte.

En la entrada, me calzo mis zapatos negros más elegantes y apago la luz. En la oscuridad, aún me desasosiega el recuerdo de Sayoko. La cara sonriente y despreocupada, como la de una niña protegida y feliz. Me vienen a la mente sus palabras: «Gorô, eres un niño herido». Instintivamente, sacudo la cabeza para ahuyentar esos pensamientos.

Al salir de casa, me obligo a pensar en Yuri, actriz espléndida y famosa, digna enteramente de mi estatus de presidente.

La vida me va muy bien en general.

Soy el presidente del *sakaya* Kida, una empresa que importa alcoholes de primera calidad y además destila un *whisky* reputado. Tenemos más de trescientos empleados. Nuestros negocios marchan bien a pesar de la recesión. Confío en mantener este puesto hasta una edad avanzada. Eso es lo más importante para mí y también lo mejor para nuestra compañía.

Mis padres ya no están entre nosotros. Si vivieran, mi padre tendría ochenta y un años y mi madre, setenta y seis. Ella murió de un cáncer de útero cuando yo tenía tres años. Un año más tarde, mi padre se volvió a casar y siguió trabajando de firme con su nueva esposa, pero a los sesenta y un años murió de una crisis cardíaca.

Mi madrastra ahora tiene ochenta años. Activa y ambiciosa, se mantiene como administradora.

La empresa fue fundada por mi abuelo paterno aquí, en Nagoya, al poco de acabar la guerra. Al principio no era más que una pequeña tienda de cervezas y de sake. Más tarde, mi abuelo se puso a vender al por mayor a los organizadores de eventos,

tales como las grandes fiestas regionales en los alrededores de Nagoya. Sus ventas subieron como la espuma. Luego empezó a importar licores europeos de primer orden. Los embalaba en cajas elegantes para regalar, lo que tuvo mucho éxito.

Mi padre, el único varón de la familia Kida, sucedió naturalmente a mi abuelo. Tenía ideas originales, una detrás de otra, y la empresa se expandió. Fue él quien puso en marcha la destilería de *whisky*. El número de empleados aumentó rápidamente. Siendo el único hijo varón de la familia, era normal que yo me convirtiera en el presidente. Tras haber estudiado Comercio, entré oficialmente en la compañía.

Cuando mi padre cumplió sesenta años, le pedí que me preparara para sucederle. «Solo tienes treinta años —me respondió—. Espera un poco». Un año más tarde falleció y, desde entonces, estoy al frente del *sakaya* Kida.

Su muerte repentina me perturbó. No fue a causa de su marcha prematura ni de mi edad precoz para convertirme en el jefe de la compañía. Temía que mi padre hubiera designado como sucesor a alguien que no fuera yo, a su segunda mujer, por ejemplo, que había sido su socia desde que se casaron. En ese caso habría sido posible que ella legara un día la presidencia no a mí, sino a su hija Aï, y yo no habría podido soportar semejante situación.

En esa época, hace veinte años, Aï tenía veintiséis. Madre de dos hijos, trabajaba también en el *sakaya* Kida, concretamente en el departamento de planificación. Mi padre la adoraba. «Aï es inteligente y brillante como su madre. Siempre tiene buenas ideas como su abuelo», repetía. Cuando corrió el rumor de que pensaba en ella como su futura sucesora, me puse furioso. Fue por eso por lo que le pedí que me preparara desde ese momento para reemplazarlo.

Tras el funeral, supimos que mi madrastra heredaba la mitad de las acciones del *sakaya* Kida y que el resto quedaba dividido a partes iguales entre Aï y yo. Según el abogado, el testamento respetaba la ley y era plenamente válido.

Yo temía que mi madrastra se pusiera al frente de la empresa. Mientras ella cavilaba sobre el futuro, traté de convencerla:

—Siendo el único hijo varón, soy yo quien debe tener el cargo de presidente y más de la mitad de las acciones.

Ella me escuchaba en silencio. Insistí en la importancia de que la imagen de la compañía se asociara a mi nombre de pila masculino: la mentalidad de Japón, especialmente en Nagoya, es muy conservadora y poco favorable a las mujeres de negocios. Al verla dudar, repetí:

—Confía en mí. Trabajaré con más tesón que nunca.

—Tienes razón, Gorô —respondió finalmente—. Lo importante es la estabilidad de nuestra empresa. Puedes ocupar el puesto de presidente. Nos ayudaremos mutuamente, como hicieron tu padre y tu abuelo, para que el *sakaya* Kida prospere.

Me sentí aliviado. No obstante, ella conservó la mitad de las acciones.

Durante los últimos veinte años, siempre se ha mostrado cooperadora. Las ventas de nuestra marca de *whisky* empezaron a subir y el nombre y la imagen del *sakaya* Kida se han vuelto más sólidos que nunca.

En mi casa, todo marcha bien igualmente.

Mi hijo Jun, de dieciocho años, está en el último curso del instituto. Es el futuro heredero del *sakaya* Kida. Empezará la universidad el año que viene. Todavía no ha elegido carrera, pero yo le insisto para que estudie Economía o Comercio. Primero me ayudará y cuando me jubile, me sucederá. Espero que tenga tanta envergadura como yo.

Mi hija Yôko está en tercer año de universidad, donde cursa estudios de Música Clásica y Piano. Dotada para las lenguas, habla bien inglés y español. Guapa e inteligente, ya tiene muchas ofertas de *miaiï*. Todos los candidatos proceden de buenas familias y yo elegiré un yerno digno de nuestro apellido.

Por otro lado, Yôko tiene un carácter demasiado fuerte, muy diferente al de su hermano pequeño. Me gustaría que fuera más femenina. Por suerte, no

le interesan los asuntos de la empresa. Desde el año pasado vive en la residencia universitaria. Espero que no salga libremente con chicos, como las demás chicas de su generación.

Mi vida conyugal también transcurre satisfactoriamente. Mi mujer ha de estar orgullosa de mí: rico, amable y generoso. Vivimos juntos desde hace veintitrés años sin ningún problema particular. Ella no sabe lo de mis amantes. Poco importa. Para mí, esas relaciones extraconyugales no son más que aventuras y no tengo intención de divorciarme, pase lo que pase, pues el divorcio es una deshonra.

Soy sensible a la belleza. En este momento, aparte de la actriz Yuri, tengo otra amante, O., una viuda. Acostumbro verme con dos, por lo menos. No siento remordimientos. Es la prerrogativa de los hombres viriles y poderosos, y hay que aprovecharse. Necesito amantes para que nuestro matrimonio permanezca estable.

Frecuento a mucha gente mundana, en especial a famosos: actores, escritores, periodistas, políticos. Coincidimos en bares o fiestas. Juego al golf con ellos regularmente. Se trata de relaciones públicas, indispensables para la empresa, por lo que está bien que yo sea de natural sociable.

También se me da bien organizar reuniones. La gente con la que me pongo en contacto raramente declina la invitación. Cada año, invito a antiguos

compañeros de primaria, del colegio y del instituto. Me gusta especialmente la reunión de la escuela primaria T., que, por cierto, aún existe en la pequeña ciudad donde crecí. Empecé estas actividades el mismo año que me convertí en presidente. Todo el mundo admira mi éxito y aprecia mi generosidad.

Así pues, llevo una vida satisfactoria. Será perfecta cuando mi madrastra se retire por completo de la dirección y me pase sus acciones para que yo sea el socio mayoritario.

Ya está oscuro y se pone a llover.

Mi hija y yo llegamos al hotel N., donde tiene lugar la recepción de la productora H. Estoy alborozado. ¡Por fin voy a ver nuevamente a Yuri! Para mi sorpresa es un hotel banal, muy alejado de la imagen que me hacía de él, por lo que me siento insultado.

Yôko está muy bella esta noche. Lleva un vestido verde amarillento que veo por primera vez. Seguramente se lo ha comprado su madre. Ese color va bien con mi corbata a rayas amarillas. Advierto que últimamente mi hija se ha puesto más guapa y femenina que antes. Estoy orgulloso de presentársela a Yuri y sé que congeniarán.

Antes de nada, Yôko quiere dejar su impermeable y su bolso en el guardarropa.

—Has traído tu nueva cámara, ¿no?

—¿La que me compraste?

—Sí.

—No, papá.

—¿No? ¿Y eso?

La miro de reojo y ella me responde sin embarazo:

—Es un objeto pesado y de gran valor. No me gusta llevarlo encima, sobre todo en un lugar tan concurrido.

Su brusca respuesta me irrita. Debí habérselo preguntado cuando fui a recogerla a la residencia universitaria.

—Querías que te hiciera fotos con Yuri K., como las que decoran tu salón y el despacho, ¿verdad?

Lo ha adivinado, y eso me escuece.

En mi casa y en la oficina, exhibo las mismas fotos: yo con el periodista N., con el escritor U., con el actor S., con el político K., con el embajador de Italia R. Todas esas fotos se hicieron en bares de alto copete. Quienes me visitan se quedan impresionados de mi popularidad y yo esperaba añadir una con Yuri K.

Sonrío forzadamente.

—La verdad es que no. Solo que me gustaría tener una con el presidente de la productora H.

La sala de eventos ya está llena con los numerosos invitados. Hay un estrado situado contra la pared. La gente no me resulta familiar y no identifico a los periodistas. Por otra parte, nadie viene a recibirme. Un joven nos reparte a cada uno el programa: «La hermandad de Aïchi». Le pregunto dónde está el presidente H. «*Shachô* no se encuentra aquí esta noche», responde.

Descontento, leo el programa. Primero escucharemos la canción de la película *No te vayas nunca, mamá*,

seguida de un breve discurso del director S. y, por último, una charla con los actores principales.

—¿Hay periodistas? —le pregunto al mismo hombre.

—No, porque la productora ya dio una rueda de prensa en Tokio.

Estoy sorprendido: «¿Ningún periodista, ni tampoco el presidente H.?».

Otra decepción. Pero, después de todo, no tiene importancia. Es una buena ocasión para entablar relaciones y a mí se me da bien trabar conversación con cualquiera.

—¡Papá, estoy deseando ver a Yuri K.!

Los invitados charlan animadamente, con una copa de alcohol en la mano. La mayoría lleva ropa más bien informal. Algunas mujeres van vestidas con kimonos de gala. Tomo un vino blanco. Ligerero y seco, no tiene mal sabor pero no es de calidad. Yuri debería haberle mencionado nuestras marcas al organizador de la velada. Yo habría podido suministrarle excelentes vinos con descuento.

Observo a mi alrededor. Yuri sigue sin aparecer. No hemos hecho el amor desde nuestro último encuentro, pues ella tenía prisa por marchar para su rodaje en Okinawa. Pienso en su cuerpo sedoso y sensual. Después de esta recepción, debo llevarla como sea a nuestro *love-hotel* habitual.

Yôko está hablando con una joven que atrae inmediatamente mi atención por su refinado vestido

azul. Tiene el acento de Mikawa, donde Yuri se crio. Se ríe mientras escucha a mi hija. Su sonrisa y su mirada son seductoras. Debe de rondar los treinta y pocos. Cuando me acerco a ellas, Yôko me presenta:

—Este es mi padre.

La joven, que se llama S., se inclina ligeramente.

—Encantada. Qué hija tan agradable tiene usted.

—Gracias. Esta noche me acompaña en lugar de mi mujer. Mi esposa y yo somos amigos de la actriz Yuri K.

Abre los ojos, sorprendida. Yôko le cuenta que soy el presidente del *sakaya* Kida. Sonríe mientras S. exclama, con aire maravillado:

—¡Es un honor conocerlo, *Shachô-san*! Todo el mundo admira el dinamismo de su empresa.

—Señora, es un placer conocer a una mujer tan guapa como usted. Su marido estará orgulloso de su belleza.

—Me sonroja. Por desgracia todavía no estoy casada.

—¡Ah, pues mejor para los hombres solteros! ¡Pero qué pena para los que ya están casados como yo!

Se ríe de manera encantadora. Rápidamente le tiendo la mano y ella me ofrece la suya sin vacilar. En lugar de estrechársela, se la beso. Se sonroja pero parece contenta. Viendo que eso la ha halagado, le doy una tarjeta de visita, que ella guarda cuidadosamente en el bolso. En ese momento, un hombre algo mayor

que ella viene hacia nosotros. Me fijo en su corbata a rayas como la mía, pero rosa pálido. Se inclina hacia mí y S. me lo presenta:

—Este es mi hermano.

Lo saludo levantando mi copa de vino.

—Encantado. Tiene usted una hermana de una belleza extraordinaria.

S. me mira de reojo y yo le sonrío como si le dijera secretamente: «Me gustas mucho. Espero volver a verte». Nos presenta, a Yôko y a mí, a su hermano. Este me mira, muy sorprendido.

—¡Usted es el presidente del *sakaya* Kida!

S. añade:

—El señor y la señora Kida son amigos de la actriz Yuri K.

Su hermano sigue asombrado. Debe de envidiarme. Antes de que abra la boca, le suelto con orgullo:

—El presidente de la productora H. es uno de mis clientes. Fui yo quien le presentó a Yuri K., y también quien descubrió su talento como actriz.

Él me da la mano y dice:

—Señor Kida, es un honor para nosotros conocerlo.

Sonrío, satisfecho.

—Me encanta el *whisky* Kida —continúa—. Antes no me gustaba mucho ese licor, pero el suyo tiene un sabor japonés, más dulce, y lo bebo regularmente.

—Es un placer oír un elogio como ese. Hicimos un montón de pruebas.

Con gesto admirado, me hace más preguntas y yo le respondo con seguridad. S. nos escucha en silencio. Mi hija ha desaparecido sin yo darme cuenta. Tal vez se haya ido al baño.

Momentos después, comienza a escucharse un violín. Alguien lo está tocando en un rincón de la sala. S. me dice que es el tema principal de la película. Observo al músico que está de pie, a la izquierda del estrado. A su lado, una cantante, con el micro en la mano, entona:

En el campo de suisen, bailas mientras me acunas.

En tus tiernos brazos, miro tu dulce sonrisa.

Tu cara es como el sol.

¡No te vayas nunca, mamá!

La melodía se repite al violín mientras la cantante invita al auditorio a cantar con ella. Todo el mundo tararea, excepto yo. Es demasiado infantil.

Yôko se reúne de nuevo con nosotros y se pone a cantar como si se supiera la letra de memoria. La palabra *suisen* me recuerda la corbata que me regaló Sayoko, la estudiante pobre a quien no he vuelto a ver desde mi boda. Veo de nuevo su sonrisa despreocupada. Fastidiado, sacudo la cabeza.

Cuando el coro infantil por fin termina, una mujer en traje de chaqueta sube al estrado. Se inclina hacia el micro y se dirige al auditorio:

—¡*Yattokame*, señoras y señores! Bienvenidos a la recepción de la hermandad de Aïchi.

Todo el mundo se ríe al oír ese dialecto. La presentadora explica que la actriz Yuri K. y el director S. son originarios de la región de Mikawa y que han decidido organizar aquí la recepción para dar las gracias a sus familias y amigos. Llueven los aplausos.

El director S. comienza su discurso. Cuenta anécdotas relacionadas con el rodaje de la película. Repite sin cesar el nombre de Yuri. A continuación, la mujer en traje de chaqueta presenta a los actores y actrices principales. Primero sale un niño pequeño. Todos exclaman: «¡Qué niño tan mono!». Le siguen los otros.

Cuando Yuri aparece finalmente, los aplausos se redoblan. Lleva un kimono de gala. Sonriendo, se inclina hacia el auditorio, que grita: «¡Bravo, Yuri!». El color rosa pálido de su estiloso kimono realza su sensualidad. Su belleza me deja anonadado. Nunca la he visto tan seductora. Mi cuerpo está completamente excitado. Esta noche he de acostarme con ella como sea.

Termina la recepción.

Tras abandonar el hotel N., mi hija y yo nos dirigimos hacia el aparcamiento para coger de nuevo el coche. Ha dejado de llover y yo camino en silencio.

—¿Estás enfadado? —me pregunta Yôko.

—¿Enfadado? ¿Por qué motivo?

—Porque no traje la cámara a la recepción. Querías añadir fotos tuyas con famosos a tu colección.

Me río a propósito.

—¡Ah, eso! No pasa nada. Lamento incluso haber asistido a este acto.

—¿Lo lamentas? ¿Por qué?

—Me decepcionó que el presidente de la productora H. no estuviera allí. Es un cliente muy valioso para la compañía.

Llegamos al aparcamiento. Primero debo llevar a mi hija a la residencia universitaria. Subimos al coche sin decir nada.

Lo que me molesta no es el olvido de la cámara ni la ausencia del señor H., sino la negativa de Yuri, que no me esperaba en absoluto. Estaba decidido a pasar

la noche con ella. Una ocasión perfecta ahora que no hay nadie en mi casa. No obstante, Yuri declinó mi propuesta al tiempo que se excusaba:

—Lo siento, Gorô. Mi tía está muy grave. Sufre un cáncer terminal, así que debo ir a verla.

No tengo ganas de volver a casa enseguida. ¿Tal vez podría matar un poco el tiempo con mi hija en alguna parte?

—Yôko, ¿qué tal si vamos a un *izakaya*? —le pregunto—. Debes de tener hambre.

—No, papá —responde sin mirarme—. Tengo que ensayar al piano. Pronto tendré los exámenes.

—¿Tan tarde?

—¿Por qué no? Tenemos acceso a salas insonorizadas. Podemos utilizarlas a cualquier hora.

—Bueno, me alegra que seas estudiosa.

Se vuelve hacia la ventana.

Antes de mudarse a la residencia universitaria, Yôko quería vivir sola en un apartamento. Yo no estaba en absoluto de acuerdo. Soy yo quien paga su carísima universidad privada. Mi mujer me sugirió enviarla a la residencia para chicas de su campus, famosa por sus reglamentos estrictos. Acepté a regañadientes, a condición de que Yôko vuelva a casa cuando haya terminado sus estudios.

¿Qué puedo hacer esta noche? Está descartado reunirme con mi mujer en el campo, donde se quedará hasta mañana por la noche. Pienso en mi otra amante,